

católico, el cual está dedicado á San Gregorio el Grande; ora, segun otros cuyo dictámen nos parece mas fundado, por haber sido aquel el nombre de un Pontífice ilustre á quien el electo debia de profesar una especial veneracion: á saber, de Gregorio XV, llamado antes Alejandro, que habia fallecido en 1623, y al cual reconoce la cristiandad como fundador de la congregacion de *Propaganda fide*, en cuya direccion habia prestado á la iglesia tan distinguidos servicios el que á la sazón le sucedia en la dignidad de Papa,

El pueblo romano celebró con delirante entusiasmo el advenimiento de Gregorio XVI, cuyas virtudes y demas escelentes prendas le eran tan conocidas por haber pasado entre él una gran parte de sus años; llegando á tal punto su conviccion de que le esperaba un pontificado feliz cuanto era dable en tan difíciles tiempos que, segun lo aseguraba un respetable diario religioso al dar cuenta de la exaltacion de nuestro personage, los habitantes de la ciudad eterna consideraron este suceso como un favor especial que se dignaba dispensar á ellos y á la Iglesia la Santísima Virgen Maria. (*)

Nada diremos de las imponentes ceremonias con que se instaló en el sumo pontificado y á la vez en el trono de Roma el personage que nos ocupa: porque nos hemos propuesto no entretenernos en generalidades que no conducen al objeto de la presente publicacion, y que, por otra parte, pueden leer aquellos á quienes interesen tales noticias, en las obras destinadas á estos pormenores. Unicamente advertiremos que á los cuatro dias de su eleccion fué consagrado el nuevo Papa; puesto que, como resulta de lo que hasta ahora ya referido, carecia del carácter episcopal, que debe tener el gefe visible de la Iglesia. Es muy raro que los llamados á esta sublime dignidad, dejen de estar ordenados de obispos: hé aquí, pues, una parti-

(*) L' Ami de la Religion t. 67.

CAPPELLARI PONTIFICE
Año de 1831.

FUE, pues, elevado á la tiara en 2 de Febrero de 1831, á los dos meses de la muerte de Pio VIII y uno y medio de la reunion del cónclave respectivo, el que se habia llamado, como hemos visto ya, en el siglo BARTOLOME ALBERTO CAPPELLARI, y en el claustro P. MAURO CAPPELLARI; siendo él próximamente el 40 de los hijos de San Benito que merecieron ocupar la cátedra de San Pedro, y contándose el 258 en el catálogo de los Papas segun la Guia de Roma.

Tomó desde luego el nombre de Gregorio XVI, ora, como han dicho algunos, en memoria del monasterio en que habia residido por tantos años, en la capital del orbe

cularidad no poco notable en la exaltacion de Gregorio XVI; particularidad que no se recuerda haber ocurrido durante muchos siglos, hasta que en el inmediato se verificó la eleccion de Clemente XIV; repitiéndose sin interrupcion el mismo caso en el ascenso de Pio VI á la silla apostólica, cual despues, segun va insinuado, en el de Gregorio XVI; cuyos tres cardenales fueron promovidos á la tiara siendo presbíteros. En los tiempos remotos obtuvieron el pontificado muchos diáconos.

Pero estaba decretado que el júbilo producido en la ciudad eterna por la solemne inauguracion del nuevo Pontífice, se interrumpiese con la alarma esparcida á causa de un movimiento revolucionario que á la sazón se declaraba en varios puntos de Italia; movimiento que por lo que hace al Estado de la Iglesia, al cual vamos á contraernos sobre este punto, habia estallado poco antes de saberse el acuerdo del cónclave; y que por consecuencia, no podia decirse dirigido especialmente contra la augusta persona que el sacro colegio acaba de elegir. Este acontecimiento fué causa de que, al propagarse por las naciones católicas la noticia de haber sido nombrado Papa el P. Capellari, con la fama de sus esclarecidos talentos y ejemplares virtudes se dilatase por ellas á la par el sentimiento que era natural les causase ver asi combatida en sus primeros instantes la dominacion de un personage tan digno del respeto y del amor de sus súbditos, no menos que del de cuantos le reconocian como padre comun median- te los vínculos de obediencia que unen entre sí á cuantos pueblos viven en comunion con la Santa Sede.

Es inegable que el movimiento de que se trata, contaba con profundas ramificaciones y poderosas simpatias. Los principios revolucionarios han tenido en Italia en el siglo pasado y tienen en el presente muchos secuaces; habiendo hallado en este pais los hombres de la revolucion francesa fervorosos y activos agentes, que en tiempo de Pio VI, y en mayor escala bajo el pontificado de su inmedia-

to sucesor, en que se vieron mas favorecidos por las circunstancias, nada dejaron que desear á los *reformadores*, ó mas bien, trastornadores del mundo. Todavía cuando en los últimos momentos del imperio de Bonaparte se aproximaba el memorable Pio VII á ocupar á Roma para restablecer allí su paternal dominacion, no faltaron intrigantes que se propusiesen atacar algunas de las máximas que iban á servirle de base nuevamente: tentativa que, aunque apoyada por Joaquin Murat, quedó sin efecto; pero que revelaba el progreso que habian hecho unas ideas que, hasta cierto punto protegidas por clases poderosas en lo interior del pais, aspiraban á convertirse en hechos, presentándose por de pronto á medias, para que con el tiempo y de concesion en concesion se marchase al término á que aspiraban y aspira los sectarios de semejante escuela. Los sucesores de Pio VII tuvieron mas de una ocasion de penetrarse de estas verdades, y habian adoptado las medidas de precaucion que juzgaban oportunas para evitar un rompimiento, que de hecho no estalló hasta que en la vacante de Pio VIII lograron los sediciosos, á favor del quebranto que en tales casos experimenta de ordinario la fuerza del poder público, levantar el estandarte de la rebelion contra el legítimo gobierno. El movimiento tuvo principio en Bolonia, donde, sorprendida la autoridad y desprovista de recursos para la resistencia, no pudo oponerse á su reemplazo por un gobierno provisional, bajo cuya influencia se propagó el alzamiento en direccion á Roma.

Noticioso de este grave suceso el nuevo Papa, mostróse á la altura que exigian sus antecedentes y lo crítico de las circunstancias, Dictaba las providencias oportunas para sofocar la imponente rebelion que le aislaba y hasta cierto punto le tenia sitiado en su capital; y en esta eran protegidas, con toda la energía que cumple á la autoridad que sabe hacerse superior á todas las consideraciones y á todos los peligros, las personas y propiedades de los que, por indiciados de favorecer el movimiento de Bolo-

nia, se hallaban espuestos á cada instante á ser víctimas de un pueblo fiel irritado contra ellos.

Un alboroto que tuvo lugar en Roma al apoyo de algunos extranjeros bonapartistas, puso á prueba la fidelidad y el entusiasmo de las tropas pontificias, que le ahogaron en su nacimiento. Su Santidad visitó algunos cuarteles, y fué recibido en todas partes con las mas espresivas demostraciones de cariño y lealtad, por la inmensa multitud que se agolpaba á su paso. La parte mas fogosa de los barrios de Transtevere y Monti, cuyos moradores en general se distinguen por la robustez, el vigor y la bravura que les son naturales, clamaban á una voz: *Santo Padre: aquí estamos para defenderos; pero dejadnos hacer...* A estas palabras amenazadoras, moderado á la vez y firme, como siempre; Gregorio XVI opuso exortaciones las mas pacíficas, esforzando los consejos que en tal caso dictaban la prudencia y el amor al orden. Para hacer imposibles los excesos á que pudieran arrojarse aquellos hombres exaltados, desarmó á los mismos que así se ofrecían á defenderle; y en algun modo se espuso á verse solo al frente de los revolucionarios; ansioso de evitar á todo trance un choque entre los romanos de los diversos partidos.

Por lo demas, si bien la rebelion se alentaba algun tanto, era harto mayor la decision con que invitada por el Santo Padre, acudia á su defensa la guardia cívica de Roma, que casi se duplicó instantáneamente. Cuerpos de paisanos improvisados fuera de la capital auxiliando á la tropa de línea, se prestaban con no menor decision, á contener á los rebeldes impidiéndoles aproximarse á Roma amenazada.

Hé aquí los sentimientos que durante aquella peligrosa crisis manifestaba el ilustre Gregorio XVI en su proclama de 9 de Febrero.

“Cuando pensábamos con placer en consolar á nuestros hijos, y tomábamos providencias para acelerar este feliz

resultado, nos llegaron las tristes noticias de la funesta revolucion declarada en algunas de nuestras provincias. Confiando sin embargo en el socorro que da la fortaleza en medio de las aflicciones, nos hemos humillado ante la mano poderosa del Señor... Pero en tal quebranto, confiamos en el Padre divino, que siempre levanta á sus siervos del abismo en que han caído, y no permite que sus fuerzas sean inferiores á sus tribulaciones. Con esta persuacion hablamos á los que por imprudencia se han alejado de nuestro seno, y que no por eso han dejado ni dejarán de ser amados del que conserva para con ellos un espíritu de caridad y misericordia. Ignoraban que tenían un nuevo padre, y que se habia reparado la pérdida de aquel cuya muerte lloraban. Esto hace su extravio menos monstruosos; y les damos la seguridad de misericordia y perdon, como conviene al vicario del Dios humanado que miraba como una prerogativa gloriosa ser manso y humilde de corazón. Reflexionen esos desgraciados qué herida han perdido en el seno de su tierno padre, qué tranquilidad han perdido, á qué peligros se arrojan: y haciendo la cruel comparacion del estado de desorden é inquietud en que se han puesto, lamenten en la sinceridad de su corazón el yerro que han cometido en abandonar la fuente viva por cisternas incapaces de conservar las aguas.

“Nuestros pensamientos son de paz y de reconciliacion; y nos aflige amargamente la idea de vernos en la necesidad de recurrir á providencias rigorosas... ¡Acepte el Padre de las misericordias nuestras humildes súplicas! Somos mediadores entre él y el pueblo; le pedimos que discipe todo error y aleje toda maquinacion enemiga: que el amor de la Religion, la sumision y concordia sea el espíritu que anime á todos nuestros súbditos; así como el deseo de hacerlas dichosos es el que nos dirige en la efusion de nuestro corazón, con la cual, concediendo á todos nuestra bendicion apostólica, invocamos, para todos tambien, la plenitud de las consolaciones celestiales.”

La revolucion adelantaba, habiendo caido Ancona en poder de los insurrectos; pero á la par crecia el descrédito de sus gefes y agentes, por las tropelias de todo género á que se entregaban, las escandalosas depredaciones que por do quiera cometian, la falta de respeto hacia la Religion de que hacian alarde, y mil otros actos de vandalismo que señalaban su dominacion en los países que habian llegado á ocupar. En vista de estos atentados, en vista tambien de que algunas autoridades pontificias, sobre las cuales habian podido ejercer su influjo, ó mejor dicho, una verdadera coaccion los rebeldes, habian venido en suscribir á ciertas concesiones que la Santa Sede no podia autorizar de su parte, y creyendo llegado el caso de mezclar á los consejos las amenazas, Gregorio XVI espidió en 18 del mismo mes de Febrero, por medio de su pro-secretario de Estado, el Cardenal T. Bernetti, otra proclama en la cual decia, entre otras cosas:

“Su Santidad se halla afligido viéndose en la necesidad de armarse del rigor de juez: todavia dirige sus palabras con la ternura de un padre á los habitantes de sus estados que se ven envueltos en los horrores de la insurreccion. El Santo Padre llora amargamente al ver que se ha seducido á algunos pueblos bajo la promesa y la confianza de un alivio en los impuestos, al cual verian sucederse las cargas mas pesadas; y entre ellas la conscripcion militar, que arrancaria del seno de las familias los hijos que eran su gozo y su esperanza. Aun vierte lágrimas mas amargas por el desprecio de nuestra Santa Religion, contra la cual ve que se dirigen los primeros tiros: la que es, lo mismo que el trono, un objeto de aversion para los que han tramado, dirigido y ejecutado tan detestables conspiraciones.

“Son muy conocidos de S. S. los protestos maliciosos que se han querido fundar sobre ciertos actos firmados por los vicarios de su gobierno, los cuales, representantes de S. B. han sido retenidos por los rebeldes como prisioneros;

pero Su Santidad no ha podido menos de saber con afliccion las atroces violencias que se han empleado para arrancar á sus representantes firmas y actos que no estaba en su mano otorgar. Contra estos mismos actos protesta S. S. altamente por razon de su nulidad; y apela á la justicia y á la conciencia pública contra semejantes atentados. El Sumo Pontifice se apresura á publicar esta declaracion; pues seria censurable que disimulase, guardando silencio, una injuria semejante.

“Ya es tiempo de que la irreligion y la traicion sean precipitadas en el abismo de donde han salido. Que sepan esos falaces corifeos de un pueblo abucinado, que millares de súbditos religiosos, valientes y fieles se ofrecen á la defensa de los derechos soberanos ultrajados, y que el Santo Padre ha depositado en ellos una confianza sin límites, seguro de que harán cualquier sacrificio para conseguir la victoria de una causa tan bella y tan santa; y está en el caso de llamarlos para hacer una prueba.

“Si este consejo, hijo de una piadosa misericordia, de que manda el Santo Padre hacer una nueva publicacion, aun fuese inútil; y si las maquinaciones de los enemigos de la religion prevaleciesen; el poder espiritual, que tiene de Dios, no estará sin fuerza entre sus manos. Su corazon paternal padecerá cruelmente usando de este poder contra unos súbditos que han sido sus hijos, que ama todavia con entrañas de padre, y que está dispuesto á admitir en su seno. Pero el despojo de la Iglesia de Dios, las infracciones sin número contra los venerables derechos de la Silla Apostólica, la rebelion de las provincias que Dios ha querido encomendar al gobierno de su Vicario para el mas libre ejercicio de la primacia pontifical en todo el resto del universo; exigen estas medidas que las leyes sagradas han prescrito para la inviolabilidad del patrimonio de la Iglesia.”

Uno de los sucesos mas desagradables para el Papa que ofreció la insurreccion, fué el haber los rebeldes arran-

cado á viva fuerza de su residencia al obispo de Osimo, Cardenal Benvenuti, conduciéndole arrestado, en medio de una escolta, á la plaza de Ancona. Asi que hizo publicar una proclama en que denunciaba á sus súbditos este atentado, cometido contra la *sublimidad de la púrpura cardenalicia*, la autoridad episcopal, y la de legado á *littere* cuyo ejercicio habia confiado Su Santidad á Benvenuti en todas las provincias situadas al otro lado de los Apeninos. Ademas el Cardenal pro-secretario dirigió al cuerpo diplomático comunicaciones en que, despues de noticiar la toma de Ancona, efecto de una capitulacion que probada hallarse desprovista de víveres la guarnicion pontifical, y la prision del Emmo. Benvenuti, se escitaba á cada uno de los individuos que componian aquel, “á obrar en el asunto de acuerdo con el gobierno de Su Beatitud, seguro de adquirir y merecer por medio tan glorioso la benevolencia de la Santa Sede.”

En medio del peligro de ser invadida por los rebeldes, Roma continuaba manifestando el entusiasmo mas ardiente por el virtuoso Pontífice. Ora se hablase de tentativas revolucionarias en lo interior de la ciudad, ora de los progresos de los insurgentes y de su probable aproximacion, siempre aquel pueblo rogaba con la mayor ansia al Santo Padre que se presentase á recibir nuevas protestas de su inalterable adhesion. Entre mil aclamaciones, se dejaban oír las siguientes palabras: “Santo Padre: nuestra sangre es vuestra: resueltos estamos á morir por vos: contad con nuestros brazos; mostradnos vuestros enemigos...” Cuando el Papa salia por la ciudad, mas de una vez se veia obligado á permitir que tirasen de su carroza les romanos. Por fin, todo anunciaba que Gregorio XVI era adorado por sus súbditos, y que se hallaban dispuestos á hacer por él todo género de sacrificios.

El Papa correspondia á estos sentimientos, no solo procurando por todos medios mejorar en lo posible su suerte, sino tambien resistiendo los consejos de los que, aco-

ardados al ver que progresaba la insurreccion, le sugerian la idea de abandonar la capital para situarse en punto mas seguro. Se refiere que, habiendose tomado disposiciones perentorias para obligarle á este paso, se opuso con energía á que tuviesen efecto, reprendiendo severo á los que sin auencia las habian puesto en ejecucion. (*)

Los insurrectos habian dado pruebas las mas decisivas de incapacidad para el gobierno. Aun cuando pudiesen existir entre ellos algunos hombres menos ineptos, la division que desde luego se manifestó en el seno de las juntas rebeldes, hubiera inutilizado en todo caso los esfuerzos que se hiciesen para conducir los negocios de un modo mas ó menos arreglado. Tres partidos dividian á los provisionales de Bolonia: el de la independencia italiana, con el proyecto fabuloso de reunir los diferentes estados

(*) En prueba de lo que aqui se afirma insertaremos un artículo de Roma, fecha 5 de Marzo de 1831, contenido en la *Gaceta de Ausburgo*, que á la letra decia como sigue:

“El Sumo Pontífice ha mandado suspender todos los preparativos de su partida, y ha transferido su residencia del Vaticano al Quirinal, para desmentir las noticias que corrieron acerca de su fuga. Se cuenta la anécdota siguiente: habiéndole manifestado los cardenales la necesidad de poner en seguridad su persona, el mayordomo habia hecho todos los preparativos del viage. Informado de esto Su Santidad, pasó á la antesala, donde habia muchos personajes distinguidos, y mandó al mayordomo que volviere á enviar los coches al Quirinal, y que en lo sucesivo le consultase, aun en los negocios mas pequeños, antes de dar órdenes; porque muchas veces circunstancias poco importantes suelen producir efectos muy graves. “Decid á los romanos, continuó volviéndose á los demás, que me quedé aquí, aunque hubiese de ser mártir. Viviré y moriré en Roma.”

que componen aquella península, bajo la soberanía del duque de Reichstadt ó del hijo mayor de Luis Bonaparte; la separación de algunos territorios pertenecientes á los estados pontificios para formar una pequeña república independiente; y por fin la obtencion de algunos privilegios políticos y municipales, sobre cuyo número y calidad no estaban conformes los que seguian este último partido; partido en cuya boca eran frecuentes las protestas de la mas ejemplar fidelidad á la Santa Sede. Acordada la reunion de un *congreso nacional* en Bolonia, para el cual se enviaron de las poblaciones invadidas algunos diputados, se agitó en las sesiones previas de éstos el proyecto de confederacion italiana, declarando á dicha ciudad cabeza de la misma, aunque provisional como era preciso. Pero ningun éxito tuvieron estas varias tentativas dirigidas á hacer algo que pudiese dar una importancia política á la insurreccion; porque todos los planes de sus directores se estrellaban contra lo precario de aquel estado de cosas, y contra la resistencia que á su dominacion oponian las poblaciones ocupadas á la fuerza, cuya inquietud procuraban aquellos en vano contener con medidas de rigor.

Los robos, aun de los objetos mas necesarios para el abasto de los pueblos, á que era consiguiente el hambre y la miseria pública; las crecidas sumas de dinero que se veia á los revolucionarios allegar y poner en recaudo para el caso de una retirada inminente; los desafüeros de todas clases hácia las personas y las propiedades; el pronunciamiento de todos los pueblos que libremente podian manifestarse, por el paternal gobierno del Santo Padre, en cuyo favor se armaban, entre otras cosas, las ciudades de Acquapendente, Mapliano y Tívoli, y en general las poblaciones de la Sabina y de la Ombria del patrimonio de San Pedro, como tambien el país de Castro y el resto del Lacio; las derrotas que sufrían los rebeldes en varios encuentros con las tropas del Papa; la fé púnica con que

los primeros se conducian, infringiendo los pactos mas sagrados, como sucedió especialmente respecto de la capitulacion de Bolonia: todas estas circunstancias; y la principal de verse acreditado por los hechos que la insurreccion no tenian otro móvil positivo que el interes de unos pocos, que querian esplotar en su propia utilidad los altos empleos y los recursos materiales del país, contribuyeron á hundir rápidamente aquella obra de justicia, que por si mismo se hubiera destruído con el tiempo, merced á la resistencia pasiva que, segun se acaba de indicar, oponia á los novadores la masa del pueblo, aunque hubiesen faltado fuerzas propias y extranjeras con que reducirlos á una fuga vergonzosa.

Ni por instantes hubiera podido sostenerse la insurreccion que nos ocupa, á no ser por el auxilio poderoso que le prestó la propaganda revolucionaria de Francia, empeñada en estender por toda Europa su fatídico influjo. En prueba de esta cooperacion tenemos que una carta publicada en los diarios franceses poco despues de estallar el movimiento de Bolonia, anunciaba haberse espedido recientemente de Paris á la primera casa de banco de Roma una orden para suministrar al *gobierno provisional* cuanto necesitase, hasta la cantidad de algunos *centenares de miles de escudos romanos* (cien mil escudos romanos hacen 510,000 francos), de los cuales se reembolsaria en la capital cuya fecha llevaba esta carta. Tenemos las confesiones hechas en época posterior por revolucionarios franceses de los que mas á fondo se hallaban enterados en los secretos de su secta, como la emitida por el desgraciado Lamennais en su tristemente célebre folleto de 1840, que le causó un año de prision; folleto en el cual se quejaba su autor de que el gobierno de Luis Felipe no hubiese apoyado cuanto aquella comunión deseaba, el movimiento de que venimos hablando, ni llevado tan adelante como á ella convenia los planes que indicó la ocupacion de Ancona verificada en 1832. Tenemos por fin el

convencimiento general de los hombres imparciales que conocen el estado de la Francia y de sus partidos en la época inaugurada por la revolución de julio; y tenemos hasta la coincidencia del levantamiento de Bolonia con ciertos desórdenes ocurridos en Francia, siendo en ambos países aclamado igualmente el hijo de Napoleón, y además actores en el de la península itálica, varios individuos de esta familia: á saber, los hijos de Luis, Gerónimo y Luciano Bonaparte (1); prescindiendo de lo que las perso-

(*) El hijo mayor de Luis Bonaparte falleció poco después de haberse estinguido la revolución en los Estados del Papa. Hé aquí los curiosos pormenores que sobre la última época de la vida del mismo y acerca de su muerte comunicaba á la *Gaceta de Francia* una interesante carta de Florencia, su fecha 20 de Abril de 1831:

“Hace pocos dias se han celebrado aquí los funerales del hijo mayor de Luis Bonaparte en la iglesia de la Santísima Trinidad. Había partido de Florencia con su hermano menor, á pesar de las tiernas instancias de su padre para separarle de la idea de este viage cuyo objeto no conocia. Cuando llegó á saber que su hijo había ido á reunirse con los insurgentes de Bolonia, le envió un amigo que le persuadiese á volver y desistir de una empresa tan insensata como criminal contra el gefe augustó de la cristiandad, y contra una ciudad en que su familia había hallado acogida tan favorable. Pero todo fué en vano; corria á su fin, que ha sido tan pronto como funesto.

“Apenas llegó al campo de los insurgentes, se atrevió este jóven á escribir al gefe de la Iglesia, “que ya no debía soñar en conservar la soberanía temporal de Roma, incompatible con el actual progreso de la razon humana; que en adelante debía reducirse al ejercicio del poder espiritual etc. etc.” Esta carta estaba llena de los lugares comunes de la escolástica liberal contra la corte de Roma. Concluía la carta con una invitacion al Santo Padre pa-

ñas discretas podrán inferir de ciertas manifestaciones hechas en la cámara francesa por el tiempo á que se refiere

ra que le contestase lo mas pronto posible: prometiéndole entre tanto suspender toda agresion contra Roma,

“Apenas salió la carta del campo de los insurgentes, este jóven, cuya sangre se había irritado con las fatigas del viage y la agitacion de su espíritu, fué acometido de un violento sarampion, y murió á los tres dias, por la imprudencia de un médico de aldea que le mandó sangrar. Deja viuda á una hija de José Bonaparte,

“Pero hay una circunstancia bien singular, que ha causado en esta ciudad la mas viva sensacion.—Pocos dias antes de partir á su espedicion, acababa este jóven de publicar un escrito impreso en Florencia, titulado: Saqueo de Roma, escrito en 1527, por Jacobo Bonaparte, testigo ocular; traduccion del italiano por N. L. B. Este folleto estaba dedicado á Zénaide Bonaparte, princesa de Musignano, [hija de Luciano], y el traductor dijo á su prima en la epístola dedicatoria: “Siendo la historia del saqueo de Roma obra de uno de vuestros antepasados, he creído que la admitiriais con benevolencia.... Jacobo Bonaparte, en su historia de la entrada en Roma del condestable de Borbon, y de los horrores que en ella se cometieron, muestra la mas profunda indignacion contra la empresa sacrilega del traidor condestable, que en ella pereció:” y lo que parece difícil de comprender, es, que este jóven, la vispera de partir á otro saqueo de Roma, y de renovar tal vez los excesos del año de 1527, tan enérgicamente referidos por Jacobo Bonaparte, no se contuviese por estas terribles palabras, que vinieron á ser proféticas para su desgraciado descendiente que las tradujo: “Dios quiso que la pena del condestable siguiese inmediatamente á su delito, y que un hombre de su clase, traidor é impio, ni aun saciase sus ojos con el espectáculo de la ciudad Santa saqueada y arruinada por sus sacrílegos soldados.”